

alcanzar su bienaventuranza ; por tanto, este misterio debió necesariamente ser conocido hasta cierto punto y guardado como artículo de fe en todos tiempos, por todos los hombres, pero de una manera diversa segun la diversidad de los tiempos y de las personas.

En efecto, ántes de cometer el pecado, Adam tuvo la fe esplicita de la Encarnacion de Jesucristo como el único medio de obtener la consumacion de la gloria que Dios le habia preparado y revelado como su último fin ; pero no la fe esplicita de los misterios de la Pasion y de la Resurreccion del Señor, por los cuales debia ser redimido del pecado, pues ántes de caer el hombre no sospechaba su caida futura. En cuanto á haber conocido de antemano la *Encarnacion*, nada más claro, segun las misteriosas palabras siguientes, pronunciadas por él: «Por esto el HOMBRE abandonará á su padre y á su madre, se unirá á su mujer, y serán dos en una misma carne», palabras en las cuales san Pablo ha visto el gran sacramento del matrimonio como figura del misterio de la union de Jesucristo y de su Iglesia, y no se puede admitir que el primer hombre ignorase este sacramento y este misterio (1).

(1) «Illud proprie et per se pertinent ad objectum fidei per quod homo beatitudinem consequitur. Via autem hominibus veniendi ad beatitudinem est mysterium incarnationis et passionis Christi. Dicitur enim (Act. IV): Non est aliud nomen datum hominibus in quo oporteat nos salvos fieri. Et ideo mysterium Incarnationis Christi aliquantulum oportuit omni tempore esse creditum apud omnes, diversimode tamen, secundum diversitatem temporum et personarum. Nam ante statum peccati homo habuit explicitam fidem de Christi incarnatione secundum quod ordinabatur ad consummationem gloriæ, non autem secundum quod ordinabatur ad liberationem a peccato per passionem et resurrectionem; quia homo non fuit præsciens peccati futuri. Videtur autem Incarnationis Christi præsciens fuisse per hoc quod dixit: Relinquet homo patrem et matrem, etc. Et hoc Apostolus dicit: Sacramentum magnum esse in Christo et in Ecclesia: quod quidem sacramentum non est credibile primum hominem ignorasse.» (2.<sup>a</sup> 2.<sup>o</sup>, Q. 2, Art. 7.)

¿Quereis saber, dice Tertuliano, quién fué el Dios que habló en el tono más dulce y más amoroso al primer hombre? El VERBO eterno. Porque ¿cuál de las Personas divinas podia, aun entónces, conversar con el hombre sino el Verbo, el discurso de Dios que un dia debia hacerse hombre (1)? «Hé aquí por qué, continúa el doctor africano, en todas las conversaciones de Dios con los hombres, referidas en los libros santos, siempre era el divino Verbo quien se dignaba descender hasta el hombre y hablar con el hombre (2). Y al hablar con Adam primero, y despues con los patriarcas y los profetas, en vision durante el sueño, en espejo y en enigma, bajo diferentes formas visibles, no hacia otra cosa que fijar desde luégo y dejar entrever esa economía inefable de Providencia, por la cual, hecho hombre Él mismo, debia un dia conversar familiarmente con los hombres (3), segun lo habia hecho anunciar por los profetas (4).» ¿Cómo, pues, el primer hombre habria ignorado ese grande y delicioso misterio del Verbo que debia hacerse hombre, misterio que formó durante cuarenta siglos el objeto de todas las conversaciones del Verbo con el hombre?

Verdad es que, no previendo su caida, Adam no pudo conocer entónces el misterio de la Encarnacion como premio de su rescate y medio de su restauracion. Pero así como, prosigue santo Tomás, se puede muy bien recibir la revelacion de la causa, Adam pudo muy bien conocer el principio que el Hijo de Dios se haria hom-

(1) «Deus in terris cum hominibus conversari non alius potuit, quam SERMO, qui caro erat futurus.» (Contr. Prax., 16.)

(2) «Filius ad humana semper colloquia descendit.» (Ibid.)

(3) «Ab Adam usque ad patriarchas et prophetas, in visione, in somno, in speculo, in ænigmate, ordinem suum præstruens, quem erat persecuturus in finem.» (Ibid.)

(4) «Et cum hominibus conversatus est.» (Baruc, III, 38.)

bre, sin conocer aun que lo verificaria para la redencion del hombre; pudo ver claramente este bello misterio en su realidad é ignorar todos sus motivos (1).

Tambien se dice en la Escritura: « Por la SABIDURÍA han sido » creados todos los que han sido agradables al Señor desde el principio. Ella es quien conservó al primer hombre, al único que » Dios habia creado por su mano y establecido como padre del » género humano, quien le separó del abismo de su crimen y le » dió el poder de separarlo todo. *Per sapientiam sanati sunt quicumque placuerunt tibi, Domine, a principio. Hæc illum, qui » primus formatus est a Deo Pater orbis terrarum, cum solus » esset creatus, custodivit. Et eduxit illum a delicto suo et » dedit illi virtutem continendi omnia.* » (Sapient., IX, 19, et X, 1.)

Y es imposible creer que el primer hombre fuese librado de su pecado por la SABIDURÍA, sin conocer los misterios por los cuales esta misma Sabiduría encarnada debia un dia entregarse á la pasion, á la muerte, por salvar al hombre, y que Adam no tuviese tambien la fe esplicita en la pasion y en la resurreccion de ese Señor de bondad que le obtuvo su perdon y su salvacion. Por lo demás, hé aquí cómo, segun la Escritura misma, Dios reveló al hombre, apénas caído en el pecado, este misterio inefable de su caridad infinita:

No habian acabado de comer el fruto prohibido, cuando, en virtud del privilegio de la integridad de su naturaleza, que conocieron habian perdido, Adam y Eva comprendieron el delito

(1) « Nihil prohibet alicui revelari effectum cui non revelatur causa. Potuit igitur primo homini revelari incarnationis mysterium sine hoc quod » esset præsciis sui casus. Non enim quicumque cognoscit effectum cognoscit » et causam. » (3 P., Q. 1, Art. 3 ad 5.)

que acababan de cometer. *Mulier comedit deditque viro suo, qui comedit; et aperti sunt oculi amborum* (Génesis, III). En vano se apresuraron á hacerse, con hojas de higuera entrelazadas, cinturas para cubrir su desnudez: *Cum cognovissent se esse nudos consue-* *runt folia ficus, et fecerunt sibi perizomata* (Ibid.). Este vestido, de su invencion, insuficiente para ocultar su vergüenza, era ménos propio todavia para tranquilizarles contra el remordimiento y contra la justa cólera de Dios. Al oír, pues, la voz del Señor, que parecia pasearse por el paraiso, los dos, temblando de miedo, se apresuran á huir lo más léjos posible y á esconderse en el hueco de un árbol: *Et cum audissent vocem Domini Dei deambulantis in paradiso... abscondit se Adam et uxor ejus a facie Domini Dei in medio ligni* (Ibid.).

No vaya á creerse que el primer hombre, que tenia de Dios un conocimiento tan completo y tan perfecto, pensase que el tronco de un árbol podia ocultarle á la mirada y al poder del Sér infinito. Estas circunstancias tienen una grandeza y una importancia sin igual: son la aurora de la revelacion de los misterios del Dios Redentor, y la aplicacion anticipada de la economia de la redencion que se desarrolló desde los primeros dias del mundo. Todo arrepentimiento principia por el temor á quien se ha ofendido. Adam, temblando de piés á cabeza al simple sonido de la voz de Dios, es, pues, Adam que principia á arrepentirse de su falta y á recibir de arriba la revelacion de los medios de repararla. Por un instinto profético, dice Orígenes, fué á buscar en medio del bosque un asilo contra la cólera de Dios y una prenda de su perdon, haciendo ver bastante por este hecho que habia aprendido ya el misterio de la misericordia: « Que no hay salvacion para el pecador, sino junto al árbol de la cruz. *ABSCONDIT SE ADAM IN*

»MEDIU LIGNI, significans jam nunc, nullum alium peccatoribus  
»per fugium futurum, nisi in arbore crucis».

En efecto, al pié de este árbol, y cubierto con sus ramas, oye Adam la voz de Dios que se acerca diciendo: «Adam ¿dónde estás?» *Vocavitque Dominus Deus Adam, et dixit ei: Ubi es?»* (Genesis, III). Es decir, que por los méritos del árbol del Calvario, del cual el del Eden era la figura, Adam, según san Juan Crisóstomo, ve á Dios ir en busca suya, no como un juez para castigarle, sino como una madre que acude á donde está su hijo caído para levantarle: *Ad collapsum descendit, jacentem sublevat* (Hom. VII, ad Popul. Antioch.); Dios no le riñe con duras palabras, no le dirige acusaciones, sino que le llama por su propio nombre: *Non verbis gravissimis interpellat, non injuriis afficit; sed proprio nomine* (Ibid.), y con estas tiernas palabras: «ADAM, ¿DÓNDE ESTÁS?» no pregunta Dios al gran culpable en qué lugar se encuentra, sino á qué estado se halla reducido; le vuelve en sí, le indica las profundidades del abismo en que ha caído, y le anima á abrir su corazón á la esperanza y á borrar su falta, confesando haberlo cometido: *Non ignorans, sed fiducia occasione pandens, ut per confessionem peccati, peccatum ablueretur.* (Hom. XVII, in Genes.)

Aprovechándose de este cúmulo de gracias, y en la turbación, en la confusión, en el temor de su pecado, aunque procurando escusarlo con la seducción de su mujer, Adam al fin lo confiesa, al fin se reconoce culpable y experimenta un sincero y profundo arrepentimiento: *Mulier quam dedisti mihi.* En una circunstancia casi semejante, Cain, obligado también á confesar su crimen, se negó á ello, negó absolutamente haberlo cometido (Genesis, IV); al paso que al primer llamamiento del Señor, Adam responde

humildemente á Dios: «He oído, Señor, tu voz, y me he sobrecogido de temor á causa de la desnudez de mi alma que me ha revelado la desnudez de mi cuerpo, y he querido ocultarme, no atreviéndome en el estado de una miseria tan grande presentarme ante Ti. *Qui dixit: Vocem tuam, Domine, audivi, et timui, eo quod nudus essem et abscondi me.*» (Ibid.)

Esta confesión que, aunque imperfecta, al cabo fué una verdadera confesión, le valió su perdón, pues en el instante mismo, y en presencia de Adam, Dios dijo á la serpiente: «Yo estableceré enemistades eternas entre tí y la MUJER; entre tu raza y la suya; en vano armarás lazos á sus piés: ella aplastará tu cabeza. *Et ait Dominus Deus ad serpentem: Inimicitias ponam inter te et MULIEREM, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus.*» (Ibid.)

Nada más misterioso ni más sublime que este discurso. Por la MUJER, la mujer sin nombre propio, Dios predice á la augusta María, la Mujer por excelencia, por ser la única Mujer que ha sido al mismo tiempo VIRGEN Y MADRE; así como el HOMBRE, el hombre sin nombre propio, que Sion había pedido durante cuarenta siglos, y que el representante del gentilismo indicó solemnemente al universo: *Numquid Sion dicet: Homo?* (Psal.) *Ecce Homo* (Joan. XIX), es el Cristo, el Mesías, el Hombre por excelencia, por ser el único Hijo del hombre que ha sido al mismo tiempo HOMBRE Y DIOS. Por medio de las *enemistades eternas que establecería entre la mujer y su raza, y la serpiente y su raza*, Dios anunció que, en virtud de los méritos de su Hijo, y á ejemplo suyo, la Madre del Mesías sería exenta de toda comunión con Satanás, ó de todo pecado. Por la serpiente, que tentaría en vano de morderla en el talón, Dios profetizó que Satanás se ensañaría en vano

contra la carne santa que la inmaculada María suministraria de su propia sustancia al Hijo consustancial de Dios, pues en la Escritura el talon, los piés, significan la humanidad, así como la cabeza significa la divinidad de Jesucristo. Finalmente, por *la Mujer aplastando la cabeza de la serpiente*, Dios manifestó de antemano el triunfo que, *en la persona*, y por la virtud del Redentor, su divina Madre debia alcanzar sobre los poderes del inferno, y la aplicacion que se haria de este triunfo á todos los que hubieren tomado parte en él, y que, por esta causa, hubieran llegado á ser un solo y un mismo cuerpo con su propio Hijo, y hubieran formado la raza santa, la raza privilegiada, la raza divina de los hijos de Dios. Hé ahí, pues, en este magnífico discurso al mismo Dios revelando en pocas palabras al primer hombre, el grande é inefable misterio del Dios redentor, y toda la economía de la redencion.

Ahora bien, es igualmente imposible suponer que el Dios que por primera vez reveló al hombre los orígenes del perdón, no le aplicase sus efectos, y que el Dios que se dignó conceder á su arrepentimiento un perdón tan generoso, no revelase en su piedad, deseosa de conocerla, grandes y sublimes verdades.

¿Y no se ve al mismo Adam hecho profeta, y hablando como profeta, á consecuencia de estas revelaciones?

Al anunciar á los dos grandes culpables su redencion de la muerte eterna, por los méritos del Hijo de la MUJER sin mancha, Dios no dejó por eso de intimarles la muerte temporal, como una de las penas satisfactorias de su falta, diciendo á la humanidad toda en la persona de su jefe: «Eres polvo, y en polvo te convertirás. *Pulvis es, et in pulverem reverteris.*» (*Ibid.*) Y sin embargo, la Escritura nos enseña que este fué el instante en que,

volviéndose hácia su compañera, Adam le dió el nombre glorioso de EVA, que significa *vida ó viviente*. «Y con mucha razon, añade el testo sagrado, pues Adam no vió entonces en su mujer más que la MADRE DE TODOS LOS VIVIENTES. *Et vocavit Adam nomen uxoris suæ EVA, eo quod mater ESSET CUNCTORUM VIVENTIUM.*» (*Ibid.*)

Pero con la terrible sentencia que condenaba al hombre á morir ¿no acababa Dios de condenar especialmente á Eva á no concebir, á no dar á luz más que mortales, moribundos, muertos? «¿Cómo, pues, esclama san Epifanio, pudo Adam saludar con el título de *madre de todos los vivientes* á la que Dios acababa de declarar *madre de todos los muertos*, y cantar el himno de la vida en aquel inmenso paraíso, que resonaba aun con el eco lúgubre del anatema de la muerte? ¿No es esto extraño, contradictorio, absurdo? *Heva mater viventium vocata est postquam audivit: Terra es, et in terram reverteris; et ænigma est quod post transgressionem, hoc magnum cognomen habeat?*» No, no, responde el mismo doctor, no hay nada de extraño, de contradictorio, ni de absurdo en ese lenguaje de Adam; al contrario, es racional, es lógico. ¿No acababa Dios de revelarle la MUJER, la gran Mujer, la Mujer privilegiada que debia aplastar la cabeza al autor de la muerte, y en un solo hijo, engendrar innumerables hijos, extraños al espíritu de la serpiente, y con derecho á la inmortalidad, á la vida? *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum.* Herido, pues, por esta luz que en la mujer que tiene ante sus ojos le descubre la madre segun la naturaleza, la MUJER, Madre tambien de Dios, y por la misma causa madre de todo lo que vivirá segun la gracia, trasportado, fuera de sí por tan inefable revelacion, da á su compañera ese título su-

blime. No la llama «EVA» por lo que ella es, sino por lo que representa; no la habla así como historiador, sino como profeta; no la dirige esa salutacion sino en figura, y solamente la dirige á María, como un homenaje en realidad; *Beata Mater Dei Maria per Hevam significabatur; quæ per ænigma accepit, ET MATER VIVENTIUM diceretur... per ænigma Maria appellata est.* Así pues, Adam, llamando á su esposa EVA ó AVE, esto es, VIDA, FUENTE DE LA VIDA, CRIATURA DIGNA DE VIVIR SIEMPRE; es Adam pronunciando el primero en el Eden, ese grande y magnífico saludo con que, cuarenta siglos despues, el arcángel Gabriel haria resonar el verdadero Eden, la santa casa de Nazaret, diciendo á la Virgen: ¡VIVE, OH MARÍA! *Ave Maria (Luc. II)*. Es Adam profetizando el primero las grandezas de la Madre del que es la VIDA de todo cuanto existe, y en quien y por quien esta misma divina Madre seria un día *Madre de la vida y de todos los vivientes*. Es Adam depositando despues de Dios en María toda su confianza, y suplicándola que le incorpore anticipadamente al cuerpo místico del que es la RESURRECCION y la VIDA, para poder él y su compañera resucitar de la muerte del pecado á la vida de la gracia, y no morir jamás. Finalmente, es Adam, que cree, que espera, que ama, que se arrepiente de su pecado, que ruega en presencia del gran misterio de la redencion que Dios le revela en todo el estado de su grandeza, en todos los encantos de su belleza, que se inclina ante este enigma de la caridad íntima, que la saluda de léjos (*Heb., XXI, 13*), la bendice, la anuncia y se hace su primer profeta, su primer evangelista, así como es el primero que se aplica sus méritos y experimenta sus efectos.

Hé ahí la única interpretacion, segun la cual el admirable pasaje de la *Biblia*, citado, tiene un sentido verdadero, sólido y en

armonía con todo lo que precede y todo lo que sigue, y fuera del cual no es otra cosa que una contradiccion, un despropósito. Y hé ahí tambien uno de esos pasajes de la Escritura, cuyo sentido literal é inmediato es, segun la observacion de Orígenes, el sentido misterioso, alegórico, y fuera del cual no hay sentido. Es uno de los criterios para distinguir de los pasajes puramente históricos, los puramente figurativos y proféticos.

No se contentó Dios con revelar á Adam, *por la palabra*, el misterio de la redencion, sino que quiso hacerle ver, bajo formas sensibles, sus efectos maravillosos. Porque inmediatamente despues de la grande y magnífica profecía, que por inspiracion superior pronunció Adam, relativa á la augusta Madre de Dios, la Sagrada Escritura añade: «El Señor Dios hizo tambien para Adam » y para Eva, su esposa, túnicas de pieles, y con sus propias » manos les puso estos vestidos. *Fecit quoque Dominus Deus Ade » et uxori ejus tunicas pelliceas, et induit eos*. Y despues exclama: «Hé aquí que Adam es como uno de nosotros, sabiendo el » bien y el mal. *Et ait: Ecce Adam sicut unus ex nobis factus » est, sciens bonum et malum. (Ibid.)*

Muchos intérpretes sólo ven en estas últimas palabras una sangrienta ironía, con la cual Dios reprendió á Adam su ambicion sacrílega de haber pretendido *ser semejante á Dios en la ciencia del bien y del mal*. Pero semejante interpretacion no parece admisible. En primer lugar, no es creible que el Dios QUE NO DESPRECIA el corazon contrito y humillado: *Cor contritum et humiliatum Deus non despicias (Psal. 50)*, quisiese confundir con el sarcasmo á Adam temblando ante sus ojos, confesando su pecado, arrepintiéndose y aceptando con perfecta resignacion la penitencia severa que acababa de serle impuesta.

En segundo lugar, Dios acababa de revelarle el gran misterio de la redencion; acababa de hacerle primer evangelista de este grande enigma de la caridad infinita, y de vestir por sus propias manos divinas el cuerpo de Adam, con la misma bondad con que le habia formado del barro. Ahora bien, Dios descendiendo con Adam á estas pruebas de tierna misericordia, es ciertamente el Dios que le ha perdonado su falta; y las faltas que el hombre ha borrado con su arrepentimiento, y Dios con su perdon, no son ya recordadas: *Omnium iniquitatum ejus non recordabor* (*Ezech.*, XVIII, 22); y ménos podrian aun servir de materia, por parte de Dios, á crueles reproches.

Por último, si en la circunstancia de que se trata Dios hubiese querido aludir á la tentacion á que Adam acababa de sucumbir, hubiera debido decir: *Hé ahí Adam semejante á Dios sabiendo el bien y el mal*, pues tales son las palabras propias de la tentacion. Pero habiendo dicho: *Hé ahí Adam, semejante á uno de nosotros*, es claro que Dios no recordó la tentacion de la serpiente, á la cual habia cedido Adam, sino el misterio de *muchas personas en Dios*, que Dios le habia revelado; y que, segun afirma san Agustin, seguido por otros intérpretes, y segun lo ha decidido el Papa Juan II, en la epístola contra Eutoquio, *uno de nosotros* significa la segunda de las Personas divinas que debia encarnarse. Tertuliano ha dicho tambien que con esas palabras dirigidas á Adam vestido de pieles: *Hé ahí Adam que es como uno de nosotros*, Dios no hizo otra cosa que hacer patente el misterio que su gracia cumplia en el alma de Adam, mientras su mano vestia su cuerpo. Este misterio era el de los méritos de Jesucristo, que desde el mismo instante principiaron á ser aplicados á todo hombre que creyese y esperase en Él, y por los cuales el hombre regenerado seria semejante á

UNA DE LAS PERSONAS DIVINAS, á Jesucristo, y conoceria claramente el mal para evitarlo y el bien para hacerlo: *Adam nunc est sicut unus ex nobis; de naturæ scilicet adjectione hominis in divinitatem* (*Contr. Marc.*, II, 2).

Esta interpretacion de tan bello pasaje de la Escritura, se funda en la Escritura misma. El príncipe de los apóstoles, san Pedro, dice que «por su único Hijo, Dios ha cumplido sus promesas más grandes y más preciosas respecto de nosotros, habiéndonos elevado á participar en cierto modo de la naturaleza divina: *Per quem maxima et pretiosa nobis promissa donavit, ut per hæc efficiamini divinæ consortes naturæ*» (*II Petr.*, I); san Pablo ha dicho tambien á los primeros cristianos: «Hijos míos, que yo paro nuevamente hasta que Jesucristo sea formado en vosotros: *Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis*» (*Gal.*, IV, 19). «Respecto de mí, continuaba el grande apóstol, verdad es que vivo; pero no soy yo, es Jesucristo quien vive en mí: *Vivo autem jam non ego: vivit vero in me Christus*.» Así, pues, concluia Tertuliano, de los repetidos pasajes, el fin soberano de la redencion no es otro que la formacion de Jesucristo en el hombre, el hombre elevado á representar en sí mismo á Jesucristo, á ser en cierto modo la piel de Cristo, otro Jesucristo: *Christianus est fere alter Jesus*.

Ahora bien, el hombre no alcanza tan sublime dignidad más que aplicándose por la fe, la esperanza, la caridad y el uso de los sacramentos, los méritos de Jesucristo, formando con estos méritos su *túnica*, su vestido. Hé ahí por qué san Pablo insistia siempre en la necesidad de esta vestimenta divina. Porque ora dice: «Procurad revestiros del Señor Jesucristo: *Induimini Dominum Jesum Christum*» (*Rom.* XIII); ora recuerda «que el